

ESPIRITUALIDAD

M. A. Fiorito y J. Luzzi

Nos ha llegado la obra póstuma de François de Sainte-Marie, titulada *Hijos del Padre*¹: el editor (y director de la colección *Vigne du Carmel*) explica que se trata de las notas de unas conferencias anuales sobre espiritualidad, que el autor dictó bajo el título de *Escuela de oración*. El presente volumen recoge cinco de esas conferencias. Además del tema fundamental de la *filialidad* —que da título a la actual publicación— y al que se le dedican tres conferencias, figuran los temas de la *renuncia* y del *abandono*, al que están dedicadas las otras dos. El autor maneja con soltura y profusión los textos bíblicos, sobre todo los del Nuevo Testamento. Su amplia visión de las virtudes y ejercicios ascéticos, profundamente teológica, presenta el esfuerzo humano como una respuesta a la iniciativa de Dios. Obra típica de espiritualidad carmelitana, de corte clásico pero con toques de actualidad (a través de alguno que otro autor contemporáneo citado), y notable agilidad espiritual. Recordemos que el autor, fundador en 1943 de la *Vigne du Carmel*, intervino eficazmente en la edición crítica de los *Manuscritos autobiográficos* de Santa Teresa del Niño Jesús (cfr. Ciencia y Fe, 14 [1958], pp. 295-296), unánimemente alabada por su importancia para el conocimiento de la espiritualidad del *Caminito*.

Otro es el fuste de *Vida y santidad*², breve tratado en el que T. Merton nos ofrece, con su habitual sencillez y profundidad, las ideas básicas de la espiritualidad cristiana. En él se destaca el aspecto más profundo y más misterioso de la vida cristiana: la *gracia* y su acción santificadora, que nos capacita para actuar en el mundo como instrumentos de Dios: "...a fin de que Dios pueda ser glorificado en toda cosa, el santo quiere ser únicamente un puro instrumento de la voluntad divina. Simplemente quiere ser una ventana a través de la cual derrame Dios su misericordia sobre el mundo" (p. 37). La *vida activa* es un imperativo de la vocación cristiana: expresión de la caridad y necesaria consecuencia de la unión con Dios generada en el bautismo, es el camino normal de santificación humana. Circunscripto el ámbito de interés del libro "a la vida de la gracia, de la cual debe arrancar toda acción cristiana válida" (p. 11), Merton rechaza tanto la seudoespiritualidad del activismo como toda fisura entre la actividad y la vida espiritual. *Vida y santidad*. Perfección que es obra de Cristo en persona que vive en nosotros por la fe. Vida que es crecimiento hasta la plena manifestación de

¹ François de Sainte-Marie, *Fils du Père*, Desclée, Bruges, 1963, 128 págs.

² T. Merton, *Vida y santidad*, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1964, 176 págs.

este Cristo en nuestras vidas. La santidad a que todos estamos llamados, es la plena revelación en nosotros del gran misterio del Amor de Dios, cuya expresión en nosotros es respuesta de amor efectivo. "El amor que es esencial para la vida cristiana verdadera, requiere participación en todas las luchas, problemas y aspiraciones de la Iglesia. Amar es comprometerse plenamente a la tarea de salvación de la Iglesia, la renovación y dedicación del hombre y su sociedad a Dios. Ningún cristiano puede desinteresarse de esta tarea" (p. 39).

La vida bajo la guía del Espíritu otorgado por Cristo a su Iglesia, de que con tanta unción y sencillez nos habla Merton, puede ser más fecunda cuando una buena sistematización nos hace ver con mayor claridad la realidad de las cosas. H. Sanson nos brinda en este sentido un buen servicio: acaba de llegarnos, traducida al castellano, su obra *Espiritualidad de la vida activa*³, que recientemente elogiamos en su edición original (cfr. Ciencia y Fe, 20 [1964], pp. 319-321) haciendo un largo comentario del enfoque teológico del autor: nos remitimos a ese comentario. El libro es complementario de otras obras del mismo autor, hasta el punto de poder afirmar que forman una verdadera trilogía antropológico-espiritual: el primer libro (*L'esprit humain selon saint Jean de la Croix*, P.U.F., París, 1953), examinaba el espíritu humano y la contemplación; mientras que los dos siguientes se detienen a considerar el espíritu humano y la acción. La expresión comunitaria o eclesial del obrar cristiano, se halla en la estructura sacramental de la Iglesia; el segundo libro de Sanson, con el que entra de lleno a tratar la espiritualidad de la vida activa, responde a la temática sacramental (cfr. Ciencia y Fe, 18 [1962], pp. 478-479). Pero el existir cristiano tiene una dimensión personal, cuya expresión encontramos en las virtudes teologales. Sanson sistematiza la *espiritualidad de la vida activa* en torno a ellas, señalando la actividad característica que toma su dinamismo en cada una de las virtudes teologales: *esperanza y oración, fe y "conocimiento", claridad y acción*.

Hace unos años, la *desesperanza* y el malestar que se abaten sobre el mundo pusieron de moda el tema de la virtud teológica de la *esperanza*. En esa ocasión, L. García Borreguero pronunció una serie de conferencias en la iglesia de San Miguel, de Segovia. Esas conferencias le sirven de base para una obra que nos acaba de llegar: *El mundo moderno y la esperanza cristiana*⁴. Para buscar en las causas de ese malestar que afecta a nuestro mundo moderno, el autor se adentra en la historia de la filosofía moderna. Toda la primera parte del libro se reduce a una exposición clara, profunda y concisa de esa filosofía que, según el autor,

³ H. Sanson, *Espiritualidad de la vida activa*, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 196, 356 págs.

⁴ L. García Borreguero, *El mundo moderno y la esperanza cristiana*, Fax, Madrid, 1963, 296 págs.

viene envenenando las fuentes de la auténtica vida humana individual y colectiva. Exposición abstracta de los diversos sistemas filosóficos a que se atribuye el malestar de nuestro mundo: Descartes, Leibniz, Locke, Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, el existencialismo de Kierkegaard y de Sartre... Estos serían los fautores de la tupida fronda de ideas contrarias a la esperanza cristiana y a las formas de vida inspiradas en el cristianismo, con las consiguientes repercusiones adversas que han provocado la crisis actual de la humanidad. Al hombre se le han venido ofreciendo esperanzas locas: felicidad y salvación del hombre por el hombre; y cuando ese optimismo se ha venido abajo con estrépito, se le habla de *desesperación*. "Y no es que pensemos que al hombre se le haya prometido demasiado; lo que sucede es —como dice Maritain— que no se le ha prometido bastante. Al que es capaz de Dios, no le saciará lo que es menor que Dios" (p. 141). En breves páginas examina el autor la circunstancial crisis de la Iglesia —así como los motivos de optimismo y de pesadumbre—, y traza el cuadro desolador de las crisis del mundo moderno (crisis política, económica, social, crisis el cientifismo y tecnicismo). ¿Remedios? García Borreguero los reduce a uno: la virtud teológica de la *esperanza cristiana*, tema de las últimas ochenta páginas del libro desarrolladas en forma de un pequeño tratadito ascético. Hemos de confesar que nos resulta un poco simplista su manera de hablar acerca de los males de nuestra época y sus causas. Ni bastan las pocas páginas finales para aliviar la sensación derrotista que provoca la lectura de este libro. Por nuestra parte preferimos alinearlos en el *optimismo* dramático de Teilhard de Chardin (la angustia de la especie es el resultado de la conciencia que toma el hombre "de encontrarse existiendo en el seno de un mundo logrado" y de hallar allí a los otros ascendiendo con él), o en el optimismo trágico de E. Mounier (los pequeños miedos de los hombres son la falsa moneda de un terror más profundo: el de una humanidad a quien el progreso técnico y la amenaza atómica confrontan con su libertad de manera total e inaudita [cfr. J. M. Domenach, *Le personalisme de Teilhard de Chardin*, Esprit, 31-315 (1963), pp. 337-390]).

Similares reparos hemos de poner a la obra de J. Staudinger, *La vida futura*, cuya traducción inglesa nos ha llegado⁵: tiene un marcado *tinte individualista*. Se trata de un libro de lectura espiritual dividido en seis partes: existencia de la vida futura, existencia terrena y vida futura, a través de las puertas de la muerte, la vida eterna, y el misterio de la predestinación. El autor toca puntos fundamentales de la *escatología cristiana*, pero apenas tiene en cuenta su aspecto eclesiológico o comunitario (cfr. *Escatología y Ejercicios*, Ciencia y Fe, 15 [1959], pp. 270-273). Se le nota además alguna falta de precisión teológica. Di-

⁵ J. Staudinger, *Life hereafter*, Newman Press, Westminster-Maryland, 1964, 280 págs.

ce, por ejemplo, hablando del fuego del infierno, que "debemos pensar de ese fuego como de fuego real y actual, y del dolor causado por él, como de un dolor real y actualmente causado por el fuego. Tal es también la opinión casi unánime de los Padres de la Iglesia y de los teólogos" (p. 194). Esta afirmación debería ser más matizada, no sólo en cuanto a la naturaleza del fuego del infierno sino también en cuanto a la opinión de los Padres y de los teólogos. Una cosa es afirmar la existencia de la pena de sentido, otra cosa es afirmar que esa pena es causada por creaturas sensibles, y muy otra cosa decir que se trata de una realidad creada expresamente para castigo de los pecados, es decir, que sea precisamente fuego (cfr. H. Rondet, *Les peines de l'Enfer*, Nouvelle Revue Théologique, 52, 1940, pp. 404-415): si la primera afirmación es de fe, la última parece más bien libre teológicamente y es muy grande la diversidad de opiniones existentes entre los teólogos.

A la inversa de los dos últimos libros que acabamos de reseñar, la lectura de la obra de F. Müller, *Pensamientos de un creyente*⁶, lejos de provocar una sensación derrotista o una cerrazón individualista, resulta gratamente *estimulante*. Müller colecciona aquí breves artículos originalmente publicados en un periódico del *Katholischen Arbeiter-Bewegung*. La obra está dedicada a Mons. H. J. Schmitt, renovador de dicho movimiento. Las reflexiones se distribuyen en tres epígrafes principales: I. Sobre Cristo; II. Acerca de María, José y otros santos, y III. Vida diaria del cristianismo. Se trata de estímulos, sugerencias de vida espiritual brotadas de la experiencia de un hombre de nuestro tiempo y para hombres de nuestro tiempo. No se temen prédicas, ni se busquen ensayos teológicos. Simplemente, reflexión cristiana sobre la vida, vida cristiana, vida diaria. Sobriedad, humor, espontaneidad. Habla un hombre que se ha esforzado por conocerse, habituado al diálogo y al conocimiento de hombres, capaz de acercarnos a Dios muy íntimamente sin robarnos nuestra conexión con el mundo. Escritos para obreros, en el contexto de un periódico, sus pensamientos se apoyan en experiencias cotidianas. Así, por ejemplo, jugará con las palabras *balanza* y *balance* (pp. 173-175): planteada y exprimida la comparación, podrá explicarnos que el balance definitivo sólo lo obtendremos en el juicio final, lamentarse de quienes han aceptado ser medidos con pesas falsas durante toda su vida, recomendarlos la práctica de la confesión. Sabrá introducirnos al Adviento y a la segunda venida de Cristo, echando mano del "segundo tiempo" o "tiempo suplementario", que puede jugar un papel tan decisivo en un partido de fútbol (pp. 175-177). "Ignoramos el día y la hora final, tanto la del universo como la nuestra personal. Esto puede conmovernos, incitarnos a la vigilia y la oración. Empero debe también *tranquilizarnos*,

⁶ F. Müller, *Gedanken eines Glaes Glaubenden*, Bachem, Köln, 1964, 180 págs.

porque nosotros conocemos al Señor del tiempo y de la eternidad" (p. 177). Abundan los libros con pensamientos espirituales, quizá en demasía. El presente no nos parece uno más. Lo leemos con gusto y lo recomendamos con la confianza de quien presenta un amigo de convicciones firmes, experiencia de vida, corazón generosamente cristiano.

De la indigencia de ser, que el hombre "siente en el infortunio como un vacío y en la felicidad como un desbordamiento" (Sanson, o. c., p. 41), brota un impulso para ir más lejos, una aspiración que, inserta en la esperanza cristiana, se hace oración. La oración es como la esperanza que llega a expresarse al nivel de la conciencia; y la esperanza es el dinamismo del devenir humano que, en diálogo amoroso, participa ya de la eternidad. Una y otra —esperanza y oración— encuentran en la Sagrada Escritura su mejor alimento. En este sentido, son muy sugestivas las *Breves meditaciones bíblicas* de A. Scherer⁷, que reúnen las tres características señaladas por el título: 1. son breves, pues parten de una simple frase evangélica, cuyo sentido se explica rápidamente, teniendo en cuenta a los protagonistas históricos de la escena evangélica; 2. son meditaciones o reflexiones, que se vuelven sobre el mismo lector, haciéndole caer en cuenta de la actualidad del misterio evangélico; 3. son bíblicas, no sólo por el punto de partida (la frase evangélica), sino también y sobre todo por el modo de "reflexionar, para sacar algún provecho (cfr. *Ejercicios* de san Ignacio, *passim*, según nuestro comentario en *Midrash bíblico y reflexión ignaciana*, Ciencia y Fe, 14 [1958], pp. 541-544). El título de cada meditación indica el sentido que la autora descubre en la frase que medita.

Muy similar a la que acabamos de comentar, es la obra de J. P. André, *Conversando con el Señor*⁸, con la diferencia de que en esta última el estilo es más directo y el lector se encuentra, de entrada, en diálogo con el Señor. Mientras la anterior preparaba el diálogo directo, ésta lo da hecho desde un principio, aunque con las limitaciones indicadas en la introducción, que son, al mismo tiempo, las condiciones para hacer más personales estos "diálogos hechos". Por su enfoque y estilo dialogal, esta obra nos recuerda la ya clásica de R. Gräf, *Señor, enséñanos a orar* (Edit. Atenas, Madrid). Su presentación "de bolsillo" es práctica y facilitará su uso en cualquier momento del día.

Cuando la oración busca en la palabra inspirada su inspiración, el conocimiento profundo de la Sagrada Escritura es un elemento de insustituible valor. En esto radica el mérito de la obra de J. De Fraine, *Orar con la Biblia*⁹, cuya traducción al castellano nos acaba de llegar. Se tra-

⁷ A. Scherer, *Kleine biblische Betrachtungen*, Knecht, Frankfurt, 1964, 160 págs.

⁸ J. P. André, *Conversando con el Señor*, Paulinas, Buenos Aires, 1964, 124 págs.

⁹ J. De Fraine, *Orar con la Biblia*, Fax, Madrid, 1964, 264 págs.

ta del comentario bíblico de dos oraciones, el *Padre nuestro* y el *Magnificat*, a los que se añade el de las *Bienaventuranzas*. La intención del autor da unidad a estos "comentarios": mostrar la íntima unidad de los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, que muestran de consuno las trascendentales riquezas del plan de salvación; y, a la vez, enseñar a orar sobre el significado de cada palabra, según el método que san Ignacio llamó en sus *Ejercicios* "segundo modo de orar" (pp. 7-8). Buen conocedor de los textos bíblicos (cfr. Ciencia y Fe, 15 [1959], p. 409; 16 [1960], p. 313), De Fraine los emplea inteligentemente para descubrir el rico contenido de cada una de las palabras de los textos indicados. De este modo reconstruye la revelación progresiva de las verdades contenidas en ellos, facilitando así el descubrimiento de su sentido cristiano, que es el más pleno. Con ello, De Fraine ha puesto al servicio de un modo de orar muy antiguo, un método exegético muy moderno. Señalemos, al pasar, un punto en el que, a nuestro juicio, De Fraine no logra llegar al verdadero sentido espiritual de los textos: el de la pobreza. Véase, en esta misma entrega, un estudio sobre la *Pobreza personal y la pobreza institucional*, donde se le da un sentido más profundo y trascendente a la pobreza "evangélica", distinguiéndola claramente de la pobreza "socio-económica".

K. Würzburger, en *Lo irreconocible de Dios*¹⁰, nos ofrece una serie de meditaciones sobre una selección de textos bíblicos (casi todos del Nuevo Testamento), con la peculiaridad de que en ellas la reflexión se orienta hacia la verdadera situación de los discípulos de Jesús frente al misterio del Hombre-Dios, que resulta ser nuestra propia situación frente al mismo. Es muy importante para nuestra fe saber que la fe de aquellos no es diferente: creyeron, no porque vieron y convivieron, sino porque respondieron libremente al llamado de la revelación. Y esa revelación que ellos vieron, es la que nosotros leemos en sus testimonios. Porque nuestra situación de fe no es otra que la de los primeros discípulos, porque la situación de todos los hombres respecto de Jesús es la misma, podemos, al leer un texto, "reflexionar para sacar provecho". A esta luz se comprende mejor la relación entre fe y "conocimiento" que Sanson establece en el libro arriba reseñado. La fe es la fuerza divina que nos impulsa a acoger a Cristo en nuestras vidas, sitúa nuestra existencia en Cristo, nos permite adherirnos a Cristo; el "conocimiento" es el acto por el cual acogemos prácticamente a Cristo en nuestras actividades, situando nuestra existencia en el *hic et nunc* de Cristo; y que nos lleva a ver y juzgar las cosas y las gentes como Cristo las ve y las juzga.

I. F. Görres, ya conocida por nuestros lectores cfr. Ciencia y Fe, 14 [1958], p. 294; 16 [1960], p. 102; 18 [1962], p. 496; 20 [1964], p. 311),

¹⁰ K. Würzburger, *Die Unkenntlichkeit Gottes*, Hegner, Freiburg, 1964, 128 págs.

puede ayudar a situarnos en el *hic et nunc* de Cristo. Acabamos de recibir una nueva obra suya: *El cristiano a cuadros*¹¹, donde una serie de artículos y conferencias se ordenan alrededor de cuatro grandes temas fundamentales: el cristiano a cuadros (ya diremos el sentido de esta frase enigmática), la devoción por el mundo, los santos, y el movimiento *Unam Sanctam*. Como un crítico anota (cfr. *Orientierung*, 28 [1964], p. 270), el enfoque del volumen está dado por la ya indicada frase enigmática, que querría decir que el cristianismo no es ni blanco ni negro, ni de un mismo color..., sino que se presenta como entrecruzado por rasgos que parecieran no poder coexistir. La obra es un tipo de lectura espiritual, corriente en la Alemania de hoy, y al que tal vez no estamos acostumbrados en nuestras regiones de un cristianismo más pacífico (tal vez demasiado!), en el cual no se ha dado todavía el choque entre una tradición cristiana muy fuerte y no menos fuertes experiencias mundanas.

Similar es la estructura de *Caminos del Dios vivo*, de Y. M.-J. Congar, que acaba de ser publicado en cuidadosa traducción alemana¹². El volumen contiene una selección de artículos de revistas, publicados en el curso de treinta años, sobre *teología y vida espiritual*, por el eximio teólogo dominico. Los críticos franceses acogieron con gusto este trabajo de selección que pone al alcance de un círculo de lectores más amplio que el de las revistas, estas verdaderas joyas de vida espiritual cristiana. La variedad de estilo (desde el artículo técnico hasta la conferencia para el gran público) realza el interés de la obra. El libro está dividido en cuatro grandes capítulos: Sagrada Escritura, Los misterios de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo), Comunión de los santos, y temas de vida espiritual centrados sobre la idea de "ser en el mundo sin ser del mundo". Esperamos con interés los siguientes volúmenes que los Editores prometen, y nos congratulamos con los lectores de lengua hispana al enterarnos que la editorial Estela ya ha publicado la traducción castellana de esta selección de Congar¹³.

También merecería ser traducida la obra de W. Kammermeier, *Plenitud del ser cristiano*¹⁴, que está dividida en cuatro grandes temas: la existencia cristiana, anhelo y realización, Cristo y la creación, y fiestas y tiempo litúrgico. Es un libro entusiasta sobre la plenitud —el pleroma de Cristo— que se manifiesta en el cristiano como hombre pleno. En la

¹¹ I. F. Görres, *Der karierte Christ*, Knecht, Frankfurt, 1964, 320 págs.

¹² Y. M.-J. Congar, *Wege des lebendigen Gottes*, Herder, Freiburg, 1964, 328 págs.

¹³ Y. M.-J. Congar, *Los caminos del Dios vivo*, Estela, Barcelona, 1964.

¹⁴ W. Kammermeier, *Fülle des Christseins*, Knecht, Frankfurt, 1964, 272 págs.

obra aparecen los grandes escritores de la Iglesia actual, con los que el autor dialoga para descubrir en ellos lo más profundo de su pensamiento cristocéntrico.

A. Huerga, en *La espiritualidad seglar*¹⁵, aborda uno de los temas más tratados últimamente, hasta llegar a la conclusión que se ha exagerado, cayendo en una suerte de "narcismo laicológico". Sostiene que es impropio hablar de espiritualidad clerical, laical, religiosa, profesional, etc., y que por este camino no se va a terminar con todas las distinciones posibles (que son indefinidas); y peor aún sería contraponerlas. "¿Es que Cristo se ha dividido?" (I Cor., 1, 13). La fuente común de las diversas vocaciones en la Iglesia es la "espiritualidad cristiana", que es una espiritualidad sacramental, iniciada en el bautismo, por el que todos nos hacemos pueblo de Dios (*laos*, de donde *laico*). Además de la introducción, conclusión y bibliografía, las partes principales del libro son dos: la espiritualidad seglar, problema teológico; y el bautismo, puerta de la vida cristiana (son las partes más extensas). Abunda en la doctrina tomista, que cita generosamente en las notas. El estilo es fácil, y manifiesta una reflexión documentada (y cierto espíritu polémico).

Bajo el título de *Ciudades, Islas, Continentes*, de A. Kirchgässner¹⁶, éste nos presenta un diario de viaje, complemento anecdótico de sus otras obras más religiosas (litúrgicas, y de historia comparada de las religiones), que ya hemos comentado elogiosamente en diversas entregas de esta revista. Los detalles más simpáticos y menudos se mezclan con observaciones profundas sobre la Iglesia en tan diversos sitios (ciudades, islas, continentes, como dice el título). El diario de viaje va desde 1931 a 1963; pero se puede decir que recién en 1950 estos viajes alcanzan las naciones fuera del ambiente alemán de origen. El autor tiene una especial sensibilidad para los aspectos litúrgicos de las regiones por donde pasa: sus observaciones al respecto responden a una profunda concepción del signo litúrgico, y por eso son siempre profundas.

A. Rétif nos ofrece en un pequeño libro, *El sacerdote y la misión*¹⁷, un importante instrumento de trabajo para el estudio de la misión, tanto en su sentido pleno (en el mundo entero), como en su sentido más específico (obra de evangelización y constitución de nuevas Iglesias; p. 12). El autor, ya conocido por otros estudios y artículos de misionología (*Foi au Christ et Mission. D'après les Actes des Apôtres*, Du Cerf, 1953; *Introduction à la doctrine pontificale des missions*, Le Seuil, 1953; *Catholicité*, Fayard, 1956; *Les évêques français et les missions au XIXe siècle*, Etudes, 295 [1957], 362-372; *Initiation à la mission*, Fleurus, 1960; *La*

¹⁵ A. Huerga, *La espiritualidad seglar*, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1964, 142 págs.

¹⁶ A. Kirchgässner, *Städte, Inseln, Kontinente*, Knecht, Frankfurt, 1964, 332 págs.

¹⁷ A. Rétif, *Le prêtre et la mission*, Mappus, Le Puy, 1964, 128 págs.

Mission, Eléments de doctrine et de spiritualité missionnaire, Mame, 1963, etc.), desea contribuir al renacimiento del sentido misional en el clero francés. Se dirige principalmente a los sacerdotes, pero tiene también en cuenta a los seminaristas, religiosos de ambos sexos y laicos (p. 13). Para hacer la obra más asequible, evita *ex profeso* un estilo demasiado técnico, y limita la bibliografía a las obras en francés. Se propone iniciar al trabajo personal (método activo) presentando concisamente elementos de reflexión y estudio, sugiriendo pistas, etc., de manera que el lector, con la ayuda de las indicaciones bibliográficas, pueda continuar por su cuenta el estudio meramente esbozado y sugerido. La materia está dividida en dos partes: 1) Fundamento del deber misional del sacerdote; 2) Ejercicio del deber misional del sacerdote. Completan la obra un anexo con las obras misionales en Francia, y una pequeña bibliografía práctica que complementa las presentadas en cada capítulo.

La editorial Estela se esmera en publicar títulos de verdadera actualidad, que responden a las necesidades y consignas de la Iglesia. En esta línea hemos de ubicar la obra conjunta de Lebre y Suavet, *En el combate del mundo*¹⁸. Parte de ella había sido ya en 1947 escrita y publicada por el P. Lebre bajo el título *De la eficacia política del cristiano*. De entonces acá, el contexto político, económico y social ha cambiado tanto, y los métodos de acción se han precisado y perfeccionado de tal manera, que se imponía una refundición total del trabajo primitivo. Sobre aquellas antiguas bases y a pedido del P. Lebre, el P. Suavet ha redactado esta nueva obra. La intuición fundamental de la obra consiste en que la vida espiritual del laico, si ha de ser auténtica, debe ser la vida de un ser inmerso en el mundo. Una espiritualidad de compromiso (*Spiritualité de l'engagement*, Les Editions Ouvrières, París, 1959). Es "en el combate del mundo" donde el cristiano ha de ser testigo de "la esperanza que no decepciona" (Rm. 5, 5). Los 15 apartados del primer capítulo, señalan al hombre de acción las perspectivas en las que debe entroncarse: el plan de Dios. Plan de un mundo en desarrollo que ha sido dado a todos los hombres y no a unos pocos, para que lo lleven adelante y lo usufructúen. Ascensión de la humanidad en comunidad, liberación de los hombres como tarea: esto supone un inmenso amor para no caer en el desaliento o en el repliegue amargo sobre sí mismo, y un deseo ingente de justicia, de progreso, de bien, alentado por la gracia, para lograr el don total de sí mismo sin reservas, hasta el sacrificio total. A menudo "hay que estar loco para continuar siendo militante" (p. 25), para insertarse en la acción total, para construir juntos, en el plan de los hombres y en el plan de Dios. La Iglesia no organiza objetivos temporales: esa es tarea del cristiano. La libertad de elecciones tem-

¹⁸ L. J. Lebre, Th. Sauvet, *En el combate del mundo*, Estela, Barcelona, 1964, 202 págs.

porales es una de las prerrogativas del hombre comprometido en la acción. Pero esa libertad ha de estar impregnada de lucidez y ha de cuidarse del contagio del pecado. El laico ha de encarnarse en todo el universo, con el que está en marcha (Cfr. A. M. Besnard, *Visage spirituel des temps nouveaux*, Du Cerf, París, 1964, cap. III), enteramente comprometido y simultáneamente soberanamente libre. Debe tener en cuenta el pecado y a Cristo salvador del mundo. Responsable de todo lo humano, ha de abrazar lo divino y hallar en su contacto con Dios las fuerzas para poder llevar adelante esa ascensión de la humanidad y del mundo todo. El 2º capítulo, se reduce a animar al militante novato mediante una serie de consignas bien precisas. Es menester lanzarse. El militante entra en la realidad, la sigue, la modifica, la mejora, la hace. Debe realizar, debe ser eficaz y debe marchar no contra la corriente sino en el sentido de la vida, sin dejarse impresionar por las dificultades y las barreras. Pero fundamentalmente, y este es el tema del tercer capítulo, ha de tener bien claros los objetivos de la acción. Debe llegar a las causas, no contentarse con paliativos. Debe luchar por la justicia y por el bien común, sin caer en individualismos. Debe luchar contra la injusticia de las personas y de las estructuras para no "instalarse" cobardemente. ¿Será necesario señalar la lucidez y generosidad que han de caracterizar al militante en esta lucha, en este ir a las causas, para no dejarse encadenar por un mundo donde priman la técnica de la corrupción, el regateo y las amenazas? ¿Será necesario que recordemos que el militante seguirá en esa lucha muchas veces solo, con los bolsillos vacíos, rico solamente de honor? Atacar las causas, combatir a los aprovechados procurando el éxito de su acción, para lo cual le será menester apoyarse, participar plenamente en la actividad sindical o política: ¡cuánta incompreensión, cuántos ataques habrá de soportar por parte de los mismos cristianos! Los capítulos 4º al 8º, son materia harto conocida para todo hombre de acción. Tratan aquí Lebre y Suavet de guiar racionalmente la acción del militante: objetivos, medios, ayuda y control del equipo, planeamiento de la estrategia y táctica a utilizar, fidelidad al ideal pese a las dificultades y fracasos... Bien al día, pero nada nuevo, como no sea mostrar al militante cómo todo eso que él está realizando no es algo marginal a su vida espiritual, sino su misma realización como hombre de Dios. Las principales dificultades con que tropieza la acción del laico comprometido, inmerso en el mundo, ha de tropezar, son enumeradas en el capítulo décimo: materialismo, ambición de poder, la ilusión de lo racional y la de la absoluta independencia. Un último capítulo esboza las líneas fundamentales de un estilo de vida militante. Quisiéramos ver este libro, brioso y optimista, en las manos de todos los laicos. La traducción de Juana Givanel, es excelente. Las notas, oportunas y jugosas, las hubiéramos preferido no al final del libro sino al pie de página, para facilidad de la lectura.

La obra de A. M. Besnard, *Rasgo espiritual de los nuevos tiempos*¹⁹, que acabamos de mencionar en el curso del anterior comentario, se integra por supuesto, en la misma línea de un dinamismo espiritual de renovación, no superficial, sino profunda. Con la renovación, oficial por así decirlo, de la Iglesia en estado de Concilio, los cristianos comunes no se quedan atrás; y son cada vez más numerosos los que no quieren contentarse con prácticas aisladas de cristianismo, sino que buscan una nueva vida de caridad, a tono con los nuevos tiempos. De aquí parte el autor en su búsqueda de los rasgos más típicos de tal vida cristiana. Y como tales presenta: una convicción fundamental, la del *Dios vivo* (primer capítulo); y tres rasgos fundamentales (objeto de sendos capítulos), que serían una tentativa espiritual que absorbe toda la vida, una espiritualidad de inmersión en el mundo, y con dimensiones de Iglesia, y un último capítulo versa sobre sombras y luces de este panorama: o sea, cuestiones fundamentales que crean cierta incertidumbre, pero que son de real urgencia.

Y. M. Congar, en *El servicio y la pobreza en la Iglesia*²⁰, recoge diversos estudios complementarios, dos de ellos ya anteriormente publicados y uno inédito. Trata dos cuestiones fundamentales que en buena parte dan la tónica al Concilio Vaticano II y, consiguientemente, a la deseada renovación de la fisonomía de la Iglesia: la autoridad como servicio y la pobreza como testimonio del Evangelio de Cristo. El condicionamiento histórico constantiniano y feudal, han legado a la Iglesia la apariencia de esplendores demasiado humanos, de prestigios y de riquezas, de autoridad y de brillo. Otrora, en un mundo respetuoso de las dignidades establecidas, esas formas podían acercar el Reino a los hombres. Hoy, en cambio, son una cortina que para muchos oculta y hace moralmente inaccesible el Reino de Dios y el Evangelio. Si la Iglesia ha de ser la figura sacramental de la obra de la Redención (Cfr. Otto Semmelroth, *La Iglesia como sacramento original*, Dinor, San Sebastián, 1963; véase Ciencia y Fe, 20 [1964], 251), no debe presentarse a nuestros contemporáneos como si se apoyara en los privilegios del poder y del dinero en vez de hacerlo en Dios. No todas las formas heredadas de su venerado pasado vienen del Evangelio. Y lo que el mundo de hoy espera de la Iglesia, es su testimonio de "la verdad". La autenticidad de su testimonio ha de reflejar la simplicidad del Evangelio. "Ciertas formas de prestigio, ciertos títulos o insignias, ciertas maneras de vivir y trabajar, cierto vocabulario abstracto y pomposo, son otras tantas estructuras de aislamiento". Un verdadero diálogo entre la Iglesia y el mundo, un verdadero diálogo al interior de la Iglesia entre el clero y los laicos, periferia y centro, no es posible si olvidamos que la autoridad de la Iglesia es esen-

¹⁹ A. M. Besnard, *Visage spirituel des temps nouveaux*, Du Cerf, París, 1964, 92 págs.

²⁰ Y. M. Congar, *Servicio y pobreza de la Iglesia*, Estela, Barcelona, 1964, 147 págs.

cialmente servicio y donación, o si inconcientemente abrigamos la idea de que la Iglesia está constituida por el clero mientras que los fieles no son sino sus "beneficiarios o clientes". En nuestro mundo contemporáneo la Iglesia no estará en diálogo, no será testigo del Reino, si no es una Iglesia pobre y en servicio, una Iglesia —en frase de Congar— "menos del mundo y más para el mundo".

La reflexión teológica sobre el trabajo es de data reciente. Ni las frecuentes alusiones de la patrística, ni los comentarios en torno a las afirmaciones de san Pablo acerca de su propio trabajo, ni la problemática del trabajo de los monjes abordada por san Agustín y santo Tomás, son suficientes para situar de manera sistemática y coherente el trabajo humano en el plan de Dios. Las grandes encíclicas sociales, en particular la *Mater et Magistra* de Juan XXIII, aportan en cambio sugestivos elementos para una sistematización teológica, al señalar la relación trabajo-persona, e indicar el papel del trabajo en la edificación del Cuerpo de Cristo. Ha sido menester esperar hasta Pablo VI para oír de sus labios frases como aquella: "Ruego para que el ruido de las máquinas se transforme en música y el humo de las chimeneas se convierta en incienso". El ensayo de J. Lartigolle, *Vocación cristiana del trabajador moderno*²¹, es una buena reflexión a partir, fundamentalmente, del Génesis y del Nuevo Testamento, sin casi tener en cuenta los ulteriores aportes de la patrística y los Romanos Pontífices. Tres son las perspectivas desde donde se ha enfocado el trabajo humano para buscar su sentido teológico, el trabajo humano como castigo, como colaboración en la obra creadora de Dios, y como entrega de la vida a la meta final del progreso. Lartigolle se ubica decididamente en la perspectiva creacionista, dejando para la visión escatológica sólo unas poquísimas páginas, hacia el final del libro, escritas como al pasar (pp. 100 ss.). Por su trabajo, el hombre es mediador entre el Creador y la creación. Por su vocación al trabajo, el hombre aparece cargado de una verdadera misión religiosa: tomar en sus manos la creación de Dios, perfeccionarla y ofrecerla a Dios en homenaje de adoración, gratitud y amor (p. 41). Un capítulo preliminar (*Du travail technique au Verbe Créateur*), señala que la complementariedad del hombre y del mundo, en la que se fundan la ciencia y el progreso técnico, no se explica sino por una Inteligencia Primera y, en última instancia, por el Verbo Creador. El trabajo moderno toma su asombrosa eficacia de la ciencia. La inteligibilidad del universo que la ciencia "lee", no puede explicarse sino por la intervención de esa Inteligencia. De este modo, la ciencia moderna proporciona un irrefutable punto de partida a la 5ª vía de santo Tomás (p. 28). También las virtualidades y la plasticidad del mundo corresponde y se adapta a la na-

²¹ J. Lartigolle, *Vocation chrétienne du travailleur moderne*, Lethielleux, París, 1964, 119 págs.

turaliza el hombre. Al hablarnos el Verbo Creador, la revelación ilumina la explicación de esta complementariedad. El capítulo primero (*L'homme au travail, médiateur entre le Créateur et la création*), desarrolla la idea central de Lartigolle. El hombre, alianza de materia y espíritu, fue concebido para unir en sí mismo la creación al Creador. Su actividad laboral, en el plan de Dios, tiene, pues, un carácter netamente religioso. El hombre domina el mundo por el trabajo (Génesis), y debe hacerlo para glorificar a Dios (p. 38). El ofrecimiento de la creación hecho a Dios por el trabajo, será la expresión del alma religiosa. Por el trabajo, el hombre relaciona las cosas consigo mismo. El trabajo aproxima a los hombres: los oficios son complementarios y, de este modo, el trabajo humano es principio de la sociedad —es decir, de la justicia— y de la fraternidad. Forma al hombre y eleva al trabajador. El segundo capítulo (*L'homme au travail, médiateur entre le "Prince de ce Monde" et ce Monde*), muestra la incidencia del pecado sobre ese plan de mediación de la actividad laboral. Tales son las perturbaciones introducidas por el pecado en el plan primitivo de la creación y del trabajo, que cambia completamente su sentido. "Conquista del mundo, liberación del hombre, fraternidad universal", son los temas mayores de la pretendida civilización del trabajo que nuestro mundo contemporáneo cree edificar. Semiverdades que habría que leer en su otra cara: alienación del hombre respecto del trabajo, despersonalización, revancha del esclavo. Estamos ante una verdadera "mitología" del trabajo (p. 68). El trabajo moderno tiende, en efecto, a separar el hombre de Dios, reduce la "tentación" de pensar, absorbe, crea obligaciones, obsesiona y, consiguientemente, fuerza a distraerse. En esa tierra así preparada para el inintelectualismo, fácilmente brota la cizaña de un ateísmo práctico. Sofisticado, el trabajador pretende transferir al trabajo las promesas que Dios no habría cumplido: "Seréis como Dioses", dotados de toda ciencia, poder y libertad. Conquista prometeica del mundo, liberación del hombre, revancha del esclavo... La realidad es bien otra. ¿Quién ignora la acción despersonalizante del trabajo bajo el signo del pecado? Servidumbre y degradación intelectual, servidumbre y degradación también del espíritu de iniciativa y del sentido de responsabilidad, de toda la personalidad por el camino de las técnicas publicitarias, etc. El tercer capítulo (*Jésus le Nouveau Médiateur*) presenta a Cristo sublime restaurador del plan de Dios: Cristo obrero, Cristo interviniendo a favor de los obreros a través de la Iglesia, nos permite captar el valor de nuestra colaboración en la obra de la creación a los ojos de Dios.

C. VI. Truhlar, cuyo *Labor christianus* ya habíamos comentado (cfr. Ciencia y Fe, 17 [1961], pp. 412-413), es presentado ahora —con el mismo título— en castellano²². A lo que entonces hemos dicho, comen-

tando elogiosamente esta teología del trabajo, basada principalmente sobre la Escritura (cfr. Ciencia y Fe, 13 [1957], pp. 321-332), añadiríamos ahora que es importante, en vistas a la actual concepción del trabajo, observar que el autor más bien se refiere al trabajo corporal; aunque siempre se mantiene abierto a una ampliación de tal concepto, que permita incluir en él también el trabajo intelectual. En este sentido, la característica más importante del trabajo es, según el autor, que "para conseguir la finalidad del trabajo (sus valores objetivos y subjetivos), se actúa tanto el alma como el cuerpo. Nunca sólo el alma, nunca sólo el cuerpo. Hasta en el trabajo que se llama corporal, siempre además del cuerpo actúa el alma. Realmente es una actividad humana —la que quiere considerar el autor—, que por su misma naturaleza —encarnada— y por tanto necesariamente y siempre lleva consigo algún conocimiento y alguna voluntad, y en cuanto tal siempre y necesariamente además del cuerpo actúa juntamente el alma. Y por otra parte: también el trabajo que se dice "del espíritu", siempre además del espíritu juntamente actúa el cuerpo. Porque de tal manera el alma o espíritu está unida al cuerpo, que no puede obrar sin que simultáneamente no actúe y se fatigue conjuntamente el cuerpo" (p. 10). Digamos, para terminar, que lo más interesante del libro es la variedad de aspectos que del trabajo trata, tanto internos como externos (y desde el precepto de Dios hasta el discernimiento de la vocación profesional), que son objeto de sendos capítulos, bien documentados en la actual literatura contemporánea (algunos de los estudios citados en su idioma original, ya están traducidos al castellano).

Cada vez resulta más necesaria una recta visión humana del trabajo —y, en general— de la vida activa del hombre de Hoy, para poder sembrar en él la visión sobrenatural porque, como decía la tradición, "gratia supponit naturam". Y por eso queremos comentar, como parte de este boletín bibliográfico, dedicado casi por entero a una espiritualidad de la vida activa, a la obra de H. Arendt, *Acerca de la vida activa*²³, que quiere enfrentarse con el hombre precisamente en cuanto "miembro de una sociedad de trabajo", que vive el riesgo creciente de la tecnificación y automatización. Busca las condiciones fundamentales de la existencia humana y establece las tres actividades claves en que se constituye el obrar del hombre sobre esta tierra: trabajar, producir, tratar. Tal el contenido de los capítulos centrales (III, IV y V). Resultan esclarecedoras sus *Observaciones introductorias* (pp. 7-13). El hombre, aunque sometido a su contorno como todo viviente terrenal, ha luchado permanentemente por construir "su" mundo. Aduce el epitafio de un científico ruso: "No por siempre la humanidad permanecerá encadenada a la tierra" (p. 8). La producción de la vida en el laboratorio sería la más radical independencia del hombre respecto a la tierra, la "omniparens" virgiliana.

²² C. VI. Truhlar, *Labor christianus*, Fax, Madrid, 1963, 236 págs.

²³ H. Arendt, *Kohlhammer*, Stuttgart, 1960, 375 págs.

La posibilidad de obtener "superhombres" por fecundación artificial parece tan fundada como nuestra actual capacidad para anular toda vida orgánica sobre la tierra. Luego de señalar que los hombres somos "políticos" simplemente porque estamos dotados de lenguaje, plantea las graves repercusiones políticas que genera la actual crisis de las ciencias: emancipación del lenguaje simbólico matemático que comenzó siendo mera abreviatura para llegar a constar de formas puras intraducibles a lenguaje natural humano (pp. 10-11). Así, los científicos de hoy dotados de inmenso poderío, carecen de lenguaje en un mundo mudo, mientras la única verdad sigue siendo que lo humano sólo adquiere su sentido pleno en la expresión y en la comunicación. Supuesto este nervioso bosquejo de la hora actual, la obra de Arendt quiere ser una reflexión sobre las condiciones originarias en que ha vivido la humanidad hasta hoy. El autor especifica: "el horizonte histórico de este libro no alcanza más allá del fin de la época moderna" (p. 12) y nos recuerda que debemos distinguir cuidadosamente entre "Edad Moderna" y "mundo moderno". La edad moderna se gesta con el avance científico y político del siglo XVII. Tal sería la primera verdadera "explosión atómica" sobre este mundo. Dicho proceso estaba fundamental y definitivamente instaurado a fines de esa misma centuria. Lo absolutamente nuevo del "mundo moderno" parece definirse por un doble extrañamiento del mundo: fuga de la tierra hacia el universo, y fuga del mundo hacia la conciencia. "*Ecclesiam suam*" acaba de recordarnos esta peculiaridad del hombre actual: "su pensamiento se inclina fácilmente sobre sí mismo y sólo entonces goza de certeza y plenitud cuando ésta se ilumina en su propia conciencia" (Cfr. "*Ecclesiam suam*", *La conciencia*, p. 17, Edic. Paulinas, Bs. As., 1964). Pero a renglón seguido hace notar que tal preferencia erigida como definitiva y suprema, medida y fuente de la realidad, ha llevado el pensamiento a conclusiones *abstrusas, desoladas*... Arendt se propone examinar en sus orígenes el fenómeno social contemporáneo para lograr una mejor comprensión. En particular, la situación de la humanidad europea en el instante, en que para sí y con ella para todos los hombres, se ha abierto una nueva era. Quizá el más radical condicionamiento humano se exprese por tres binomios: la vida misma y la tierra, nacimiento y muerte biológica, el mundo y la pluralidad (p. 18). Siempre la filosofía creyó, en oposición a las ciencias, que nunca estos condicionamientos innegables lograrían dar una respuesta última al interrogante que plantea la existencia humana. Hoy, se puede decir casi científicamente demostrado que el hombre —aunque *condicionado*— de ningún modo se agota en su sumisión a la tierra. Será necesario recurrir a Dios para la última respuesta, ya que no nos preguntamos: "*Was sind wir, sonder: Wer sind wir*" (p. 17). La presente obra agrega más de cincuenta páginas de interesantísimas observaciones y notas (*Anmerkungen*, pp. 318-372). También un *Registro* de nombres y autores.

Repetidas veces nos hemos ocupado de los escritos del P. Gleason S. J. (Cfr. *Ciencia y Fe*, 15 [1959] 169; 16 [1960] 249; 17 [1961] 455; 18 [1962] 499), ya en su texto original o en alguna de sus numerosas traducciones. La obra que ahora presentamos, *La gracia*²⁴, es, como las anteriores, la adaptación bien lograda de un curso de conferencias a universitarios. Reduciendo al mínimo el armazón de lo erudito y sin llegar a lo demasiado técnico, Gleason logra en este hermoso libro una exposición inteligible y amena de una de las mayores riquezas del cristianismo. Con profundo sentido del desarrollo histórico del tratado y de las necesidades espirituales de nuestros contemporáneos, no sigue el esquema clásico estructurado a partir de la gracia actual; adopta un enfoque más existencial y concreto centrandolo el libro en la vida de la gracia, en su plenitud. La preparación para la doctrina de la gracia en el Antiguo Testamento, los aportes del Nuevo Testamento —en especial san Pablo—, de los Padres —san Agustín— y de la Escolástica —santo Tomás—, cubren 70 páginas de lograda síntesis. La segunda parte del libro, dedicada a *la doctrina católica*, es la más extensa y mejor lograda, quizá por dejar para los apéndices que cierran el libro la polémica protestante y las cuestiones más filosóficas. El ser de la gracia, gracia y justificación, adopción filial, inhabitación, modo de presencia de Dios en el alma, nuestra relación por la gracia con cada una de las divinas Personas, el hecho y el problema del mérito: he aquí otros tantos capítulos que penetran en el núcleo del misterio cristiano. Respecto al modo de presencia de Dios en el alma, Gleason abraza la teoría de De la Taille —actuación creada por el Acto increado, cuasiinformación de la sustancia misma del alma por Dios, inseparabilidad de los aspectos creado e increado de la gracia. En cuanto a la relación del alma con cada una de las Personas divinas, Gleason rechaza la posición atribucionista, distinguiendo, con Bourassa y Donnelly, el ser creado y el ser de unión de la gracia, adoptando la teoría de este último de una relación distinta e inmediata del hombre con cada una de las Personas de la Sma. Trinidad, si bien no se extiende mayormente en este último punto. Hubiéramos preferido en esta materia una argumentación más detenida. La edición, como ya nos tiene acostumbrados la casa Herder, es excelente. Nos parece muy acertado el criterio de poner las notas bibliográficas, que el original inglés ubica al final de cada capítulo, al pie de página, así como citar el original o la traducción española cuando la hay, en vez de citar la traducción inglesa como se hace en el original: lástima que no se haya tenido en cuenta esto para la paginación de las citas... (véase, p. e., pág. 23, notas 2 y 3) y que no siempre se haya seguido el mismo criterio (p. e., pág. 50, nota 10).

²⁴ R. W. Gleason, *La gracia*, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1964, 313 págs.; edición original, *Grace*, Sheed and Ward, New York, 1962, 244 págs.

La obra de O. Semmelroth, *María o Cristo*²⁵ es un ensayo teológico-espiritual, no erudito (es lo que expresamente quiere evitar su autor), sino serio, con una seriedad accesible a quien busque un alimento teológico para la vida espiritual (cfr. Ciencia y Fe, 15 [1959], pp. 117-118; 16 [1960]; p. 100). La obra, pese a su brevedad, está minuciosamente dividida en abundantes párrafos. Sus partes principales son: el misterio de María (con sus principales misterios); y la piedad mariana. El punto de partida es antropológico: al perderse la imagen de Cristo, se pierde la del hombre; y nuestro mundo, cuando ha perdido la imagen del hombre, recibe de la Iglesia el anuncio de que esa imagen trazada por Dios está en María (pp. 13-14). Y de aquí la otra idea central de esta obra, y es que la imagen del hombre se halla en la actitud de María, *creyente* (p. 15) y *receptiva* (p. 16), que se abre a la irrupción divina, y capacita a la humanidad para la redención (p. 17). Pero esto no es todo. Cristo, Palabra del Padre, necesita —para salvar— ser escuchado y, además, ser acompañado cuando, como Cabeza de la humanidad, la asume y ofrece su sacrificio al Padre. Este doble aspecto de *aceptar la Palabra y unirse a su Sacrificio*, es la base de la actitud mariana, y debe ser la nuestra. En María se da, además, cierta *sacramentalidad* para el encuentro de Dios con el hombre (a quien el Padre envía a su Hijo). Y por eso, en todos los misterios marianos, se verá su *sentido cristiano*. Y el autor insiste en esto, porque sabe que hay que salir al paso de la objeción de nuestros hermanos separados (a quienes se refiere con delicadeza, pero también con claridad, tratando de mostrar lo positivo y profundamente teológico del culto mariano, y del lugar de María en el cristianismo). A este propósito observa que, así como en la antigüedad, la peregrinación era la manifestación sensible de la relatividad de lo mundano (cfr. Ciencia y Fe, 16 [1960], p. 201), así también la *peregrinación mariana* —no la que se hace hacia los santuarios de María, sino la que presenta una imagen de *María-peregrina*— es también señal de la relatividad de la Madre del Señor, que no disminuye su grandeza, sino que subraya su misión, de llevar los hombres hacia Cristo.

LITURGIA

M. A. Fiorito

La liturgia se ha convertido en el centro de los cuidados y de la acción pastoral, desde que apareció la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* y sobre todo a partir del 7 de Marzo de este año, fecha que se-

²⁵ O. Semmelroth, *¿María o Cristo?*, Fax, Madrid, 1963, 205 págs.

ñala el comienzo de las reformas litúrgicas en nuestro país. A lo largo del año 1964 se trató de instruir a los fieles sobre el significado de dicha *Constitución* y el sentido de las reformas. Se multiplicaron los comentarios al documento conciliar y las traducciones a nuestra lengua. De un momento a otro se esperaba un comentario original en castellano compuesto por especialistas. Al fin nos ha llegado como primer volumen de una serie destinada a comentar los documentos más importantes del *Concilio Vaticano II*, titulado *Comentarios a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, obra de varios autores¹. Contiene el texto de la *Constitución* en su traducción castellana (en nota, el texto original latino), las Letras apostólicas dadas, *motu proprio*, por el Papa Pablo VI, y los comentarios de los autores, bien conocidos en España y en el ambiente internacional de los especialistas. Los comentarios siguen el orden de los párrafos de la *Constitución*: después de una *introducción general*, que hace la historia de los antecedentes (movimiento litúrgico, y reformas desde Pío X), y de la misma *Constitución*, y un *proemio* (nn. 1-4), se comentan los *principios generales* de la reforma actual (mm. 5-46), donde se trata de la naturaleza, objetivos, y de la misma reforma, para terminar con observaciones prácticas sobre el fomento de la vida litúrgica en la diócesis y en la parroquia. Y así los diversos autores comentan el misterio eucarístico (nn. 47-58), los demás sacramentos y sacramentales (nn. 59-82), etc., siguiendo, como decíamos, el mismo orden de la *Constitución litúrgica*. Cada comentario va precedido, en el momento oportuno, por el mismo texto castellano de la *Constitución*, y se intercalan oportunamente, en los grandes temas, *bibliografías* selectas sobre los mismos, además de las citas de fuentes y estudios monográficos que se van aduciendo en el curso del comentario. El *índice* de materias, alfabético, está muy bien hecho, y facilita mucho la rápida consulta de toda la obra. La obra, en general, da la impresión de equilibrio. Sus autores están al día: conocen las diversas corrientes que han trabajado en la elaboración del texto definitivo —se han hecho mutuas concesiones— y saben mantener la misma actitud de equilibrio que ha caracterizado ese momento del Concilio. Entre las fuentes modernas, la más citada es la *Mediator Dei*, de Pío XII; y entre las monografías modernas, la de Vagaggini, *El sentido teológico de la liturgia* (publicada por la misma editorial), que todavía sigue siendo la mejor sobre el tema, tan importante para entender la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*.

Es muy ilustrativo conocer el cambio de ideas —al menos a través de las opiniones de algunos hombres eximios— que precedieron al documento oficial y que se manifiestan en los estudios de la obra anterior. Este aspecto lo encontramos más directamente tratado en *El por qué de la Refor-*

¹ Concilio Vaticano II: *Comentarios a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, BAC, Madrid, 1964, 538 págs.